

**Reseña *Líneas imaginarias. Arqueología, Nacionalismo y el Norte de México***

**De Víctor Ortega León**

América Malbrán Porto<sup>1</sup>

**Resumen**

En *Líneas imaginarias. Arqueología, Nacionalismo y el Norte de México*, Víctor Ortega León realiza un atinado estudio crítico, a partir de la Arqueología, de gran cantidad de textos e investigaciones, donde expone la forma en que en México se ha abordado la porción norte del país, desde la historia de nuestra disciplina por parte de las instituciones y la política gubernamental, exponiendo el hecho de que, en más de un siglo de exploraciones arqueológicas, se ha dejado y minimizado sistemáticamente la importancia de esta región y, cuando se la pretende estudiar, ello se lleva a cabo desde Mesoamérica y no desde el norte mismo, desde su propio territorio y constructo. A diferencia de la manera de ver el mismo territorio por parte de los investigadores norteamericanos.

**Palabras clave:** Arqueología, Norte de México, Southwest, política institucional, Nacionalismo

**Abstract**

In *Líneas imaginarias. Arqueología, Nacionalismo y el Norte de México*, Víctor Ortega León carries out an accurate critical study, based on Archeology, of a large number of texts and investigations, where he exposes the way in which Mexico has approached the northern portion of the country, from the history of our discipline by the institutions and government policy, exposing the fact that, in more than a century of archaeological explorations, the importance of this region of the country has been systematically left and minimized, and when it is intended to study, it This is carried out from Mesoamerica and not from the north itself, from its own territory and construct. Unlike the way American researchers see the same territory.

**Keywords:** Archeology, Northern Mexico, Southwest, institutional politics.

---

<sup>1</sup> Arqueóloga por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, maestra en Estudios Mesoamericanos por la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es profesora investigadora del Centro INAH Chihuahua, donde desarrolla el proyecto Camino Real de Tierra Adentro, en el tramo Chihuahua y tiene a su cargo el Seminario Permanente “Caminería, arrieros y rutas de comercio” derivado del mismo proyecto. amalbranp@gmail.com

El texto que nos ocupa es un estudio crítico desde la Arqueología sobre las investigaciones y política gubernamental seguidas en México a lo largo de la historia de nuestra disciplina, exponiendo el hecho de que, en más de un siglo de exploraciones arqueológicas, se ha dejado sistemáticamente de lado la parte norte del País, la porción geográfica más alejada de lo que Kicchoff (1960) tuvo a bien llamar Mesoamérica; a causa de la supuesta falta de vestigios arquitectónicos monumentales, que era lo que se buscaba para poder justificar presupuestos, intervenciones y darle sentido a la naciente identidad nacional tras la Revolución Mexicana. En palabras del autor:

No se trata aquí de pontificar sobre lo que debe y no debe saberse para ejercer la profesión, sino de poner sobre la mesa el uso irreflexivo que se hace del discurso antropológico y los efectos que de ello se derivan. Uno de ellos, por ejemplo, es el haber dejado oficialmente en la sombra, arqueológicamente hablando, y durante un siglo a la mitad norte del país puesto que el discurso irreflexivo decía, y dice, que allí “no hay nada” y que lo verdadera, visible y monumentalmente importante se encuentra en el sur (p. 15).

De esta manera Víctor Ortega realiza un atinado análisis bibliográfico que, como él mismo señala, se centra en una serie de “trabajos muy conocidos y de otros no tanto, para abogar por una nueva interpretación de los datos y de los hechos concernientes a la historia de la arqueología en México, con especial enfoque en el norte del País” (Ídem).

El libro está dividido en cinco secciones: “Mesoamericanos vs Chichimecas”, “Nacionalismo y Arqueología”, “Herencias discursivas”, “*Objects in mirror are closer than they appear*” y “Consideraciones finales”.

En el primer capítulo: “Mesoamericanos vs Chichimecas” se nos presenta un panorama general de la tradición arqueológica mexicana relacionada con el norte de México. Ese norte que se marca a partir del Trópico de Cáncer y que se corta bruscamente por la presencia de la línea fronteriza, aquí aparecen las líneas imaginarias: Trópico de Cáncer, frontera de Mesoamérica, frontera con los Estados Unidos de Norteamérica, límites que se presentan con una clara carga política, geográfica e histórica, a las que se le suma el peso desde la academia y el desarrollo de las investigaciones desde la institucionalidad, lo que es Mesoamérica y lo que deja de serlo, como si el desarrollo de nuestra disciplina dependiera de ello, y sí, efectivamente, en muchos casos así ha sido, lo que está dentro de Mesoamérica: monumental, imponente, importante, válido; y fuera de Mesoamérica donde “no hay nada”.

El Trópico de Cáncer entonces es el eje, la línea que, de acuerdo con Ortega, divide, limita y ubica al Norte, ese norte que en extensión sobrepasa a Mesoamérica y que corresponde a más de la mitad del territorio mexicano, que a pesar de ello llega a resultar inadvertido. Viéndolo así, resulta que la arqueología oficial mexicana es entonces la arqueología de la mitad meridional del país. Surgen los cuestionamientos: ¿Acaso el norte no interesa al trabajo académico? ¿Es menos importante la arqueología de esta región? En palabras de Víctor Ortega:

El interés de la misma [de la arqueología] con respecto a lo que hemos definido como *el Norte* ha sido escaso, por decir lo menos. Es como si el Norte no tuviera pasado o el pasado no tuviera norte, o ambos, el Norte y su pasado, no tuvieran relevancia para la construcción de la identidad nacional (p. 25).

A lo largo del capítulo se expone un panorama crítico, general de la postura oficial gubernamental y académica con respecto a la arqueología del Norte de México desde la mirada institucional, mismo que inicia a principios del siglo XX, con la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americanas, pasando por autores como Manuel Gamio, Ignacio Bernal o Noguera que se enfocan en la arqueología de las altas culturas, es decir, Mesoamérica, dejando reducido al norte, en palabras de Noguera, como “cultura humana muy atrasada”, “poco desarrollo”, “cultura poco adelantada” y, en general, “pueblos de gran atraso cultural” (Noguera, 1930 y 1976).

Otros autores seguirán reduciendo ese norte a apenas tres sitios arqueológicos: Casas Grandes, en Chihuahua y Alta Vista y La Quemada, en Zacatecas (Cabrero, 1993: 175), excluyendo gran cantidad de sitios, sobre todo aquellos que no presentan rasgos de mesoamericanización; el norte entonces, desde el discurso oficial, se convierte en el norte de Mesoamérica, intentando explicar desde la macro área el desarrollo cultural de este espacio.

De la arqueología de campo el autor continúa la crítica hacia el discurso museístico, particularmente del Museo Nacional de Antropología; a partir de aquí se nos presenta un diagnóstico crítico de la situación actual de la sala de las culturas del Norte, misma que se comparte con la sala de Occidente, por lo cual dispone de la mitad del espacio que el resto

de las salas del museo, para exponer lo relacionado con un área que duplica a aquella ocupada por el territorio mesoamericano. Pareciera que esta sala, lejos de exponer la problemática real de las culturas norteñas, las excluyera anulando gran cantidad de culturas y sitios como Aztatlan, Huatabampo, Trincheras, Loma San Gabriel, San Dieguito, el Bolsón de Mapimí, coahuiltecos, laguneros, La Ferrería, Comcaac, la cuenca del río Conchos, Las Labradas, El Calón, Tamtok, Boca de Potrerillos, El Morro, Chak Pet, Las Flores, Balcón de Montezuma, El Fin del Mundo... La lista continúa y la sala pareciera ser sólo:

un pretexto para exponer la expansión mesoamericana. El resto, lo que se supone que caracteriza al Norte, ha sido minimizado. El discurso manejado en esta sala del museo parte de un norte amplio y diverso, pero lo va acotando geográfica y culturalmente hasta hacerlo coincidir con el norte de Mesoamérica [...] El Norte ha sido reducido a un tentáculo mesoamericano que se extiende por en medio del Desierto de Chihuahua (pp. 50 - 51).

El capítulo continúa con un apartado sobre el papel que la divulgación juega en este proceso, desde los libros de texto gratuitos hasta la revista divulgación más popular que existe en México sobre arqueología: *Arqueología Mexicana*. La revisión de los libros de texto, desde su primera edición en 1960, pone en evidencia la ausencia de la historia, tanto prehispánica como colonial, del norte del País. Será hasta la quinta generación de libros de texto que, durante el sexenio de Miguel de la Madrid Hurtado (1982 - 1988) en el volumen de Ciencias Sociales de tercer grado, se presenta el mapa de “la *Mesoamérica* de Paul Kirchhoff, con la separación entre Mesoamérica y Aridoamérica (que incluye todo el Norte), aunque de ésta última no se hace mención alguna más allá de señalarla en el mapa” (p. 59).

Por otro lado, respecto a las revistas de difusión y en particular *Arqueología Mexicana*, el autor hace una profunda revisión de los volúmenes, publicados desde 1993 hasta diciembre de 2020, lo que comprendía 165 ediciones regulares y 94 especiales.

De las primeras, solo cinco han tenido como tema central (o *dossier*) el Norte de México o algún aspecto relacionado con el mismo; de las segundas, ninguna. Dicho de otra forma, de 259 ejemplares, solo 5 ostentan al Norte de México en su portada y dossier como tema central [es decir] solo el 2.5% de la labor divulgativa de esta revista se ha dedicado a informar sobre el norte mexicano (p. 61).

Ortega también hace una revisión de otras publicaciones más especializadas como *Arqueología* de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH y *Anales de*

*Antropología* del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, obteniendo sorprendentemente cifras similares a la anterior, es decir, apenas el “1.9% de los artículos publicados en esta revista se relacionan con la arqueología norteña” (p. 63).

Por último, quedan dos apartados, “De centros y periferias” donde efectivamente se pone en tela de juicio el discurso centralista y el hecho de que, en esta justificación inclusiva del “norte de México”, así entre comillas:

salgan a la luz publicaciones, tanto especializadas como de divulgación, que anuncian en sus títulos y subtítulos que su tema a tratar es la arqueología del Norte de México, cuando, en realidad, tratan de la arqueología del norte de Mesoamérica o, lo que es lo mismo, del centro-sur geográfico de México (p. 69).

El último apartado, “El discurso iterativo”, analiza cómo es que se da la transformación o construcción del discurso oficial a partir de la creación de la frontera internacional, momento en el cual el *norte bárbaro* “se dividió en dos *nortes*: el primero, con el que nos quedamos, siguió y sigue concibiéndose como norte bárbaro; el segundo, reivindicado por el nacionalismo expansionista norteamericano, cambió de norte a *Southwest*, así con mayúscula, y se instituyó como un área de alta cultura” (p. 73). El norte, en este caso entonces cobra importancia dependiendo de qué lado de la frontera está la institución que lo estudia.

El segundo capítulo, “Nacionalismo y Arqueología”, nos presenta algunos de los aspectos que permiten entender el sentido de la crítica hacia la tradición arqueológica mexicana y compararla con lo que sucede en otras regiones del mundo. Entendemos entonces que desde la idea de la creación del Estado-Nación:

el nacionalismo mexicano no solo ha incluido en su discurso el rescate del patrimonio cultural, lenguas indígenas, música, trajes y comidas típicos [...] sino, además, el control institucional de la producción del mismo, como evidencia la historia del cine, la pintura, la literatura y la arquitectura (p. 83).

De esta manera la Arqueología mexicana ha servido como un elemento de cohesión del nacionalismo, al formar parte de una política de Estado que busca institucionalizar y dar sentido y coherencia a una identidad nacional; la arqueología tiene entonces una imagen

pública a través de sus productos así “el nacionalismo ha influido en la versión oficial del pasado que llega a las masas a través de la educación escolar, los museos, la literatura popular y otros medios de difusión (p. 88)”.

Se hace entonces una revisión del discurso desde la antropología y el desarrollo de la disciplina desde sus orígenes, en Europa, pasando por las propuestas teóricas norteamericanas hasta llegar a una Antropología Latinoamericana, finalizando con la presencia de una Antropología Nacional.

El tercer capítulo, “Herencias discursivas”, señala algunos de los aspectos que han influido en las formas de hacer arqueología en México en relación con cómo se hace arqueología en Europa o Norteamérica. Para ello se revisan textos clásicos y diversas definiciones, empezando por el concepto de “cultura”, que todos aprendemos y estudiamos de manera reiterativa desde los primeros semestres de la carrera; caemos entonces en la cuenta de que:

Normalmente pensamos que la Cultura fue definida por la antropología; sin embargo, en este trabajo contemplamos la posibilidad de que, en realidad, sucedió lo opuesto: la antropología fue definida por la Cultura. Y la Cultura fue definida por Sir Edward Tylor cuando la antropología todavía no existía como disciplina científica universitaria (p. 102).

Este capítulo está dividido en los siguientes apartados: “Tradiciones Antropo - Arqueológicas”, “Los afluentes del discurso”, “El último suspiro del Moro: el siglo XVI y la herencia medieval”, “El desierto y lo desierto”, “Ideología religiosa y desierto” y “La frontera y la herencia decimonónica”, todos ellos revisan aspectos y particularidades que permiten comprender mejor el papel que ha jugado el septentrión mexicano en la relación entre el nacionalismo y la arqueología. Ese septentrión “desierto” al que se le:

ha llamado Aridoamérica y Oasisamérica en contraposición con Mesoamérica, y se dice, como ya hemos visto, que “en el norte no hay nada”, solo “bárbaros chichimecas”, “planicies incultas”, “nómadas”, etc., lo cual no viene sino a confirmar la yuxtaposición semántica de la que hemos hablado [in extenso en este texto] (p. 131).

Es notoria, a lo largo de estos apartados, la diferencia en cuanto a la actitud investigativa que se da de uno y otro lado de la frontera del mismo desierto, la postura que tienen por un lado los arqueólogos norteamericanos y por el otro los mexicanos, a pesar de que éstos últimos



han llegado a elogiar el trabajo que los primeros realizan en ese mismo “desierto”, en palabras del autor:

El norte mexicano y el suroeste estadounidense son desérticos en un porcentaje importante, y juntos fueron alguna vez, como es de todos sabido, el septentrión novohispano. Apenas trazada la frontera internacional entre ambos países, en los desiertos ahora estadounidenses se fueron encontrando, curiosamente, *altas culturas* mientras que del lado mexicano el desierto continuó incógnito y bárbaro. Las etiquetas *norte bárbaro* y *salvaje Oeste* son, aunque parezcan similares, dos maneras muy distintas de conceptualizar un mismo territorio dado que provienen de una cosmovisión muy diferente. De hecho, la *barbarie* se relaciona más, por definición, con el atraso y el *salvajismo*, con lo silvestre (p.144).

En el capítulo cuarto, “*Objects in mirror are closer than they appear*”, se hace una revisión general de algunos conceptos de las tradiciones arqueológicas mexicana y estadounidense respecto al mismo espacio geográfico que pareciera ser dos áreas totalmente diferentes e independientes: la *Mesoamérica* de Kirchhoff surgida como unidad en 1943, el *Southwest* “que se fue construyendo poco a poco, de manera colectiva, hasta alcanzar su primera síntesis en 1927 (p. 167)” y la *Gran Chichimeca*, término propuesto por Di Peso (1974: 48). A través de este análisis el autor pretende comprender mejor el papel que estos conceptos han jugado en la conformación de la percepción del norte mexicano, desde el centro de México, como un área indefinida culturalmente y “de adscripción geográfica ambigua y borrosa”. En palabras de Ortega:

el Norte de México es ese lugar donde ya no hay rasgos mesoamericanos y donde una frontera internacional limita a los estadounidenses para poder decidir si les pertenece culturalmente o no. En pocas palabras, el Norte se define arqueológicamente por lo que no hay y por lo que no es. Y aunque no se trata aquí de discutir si la cebra es blanca con rayas negras o negra con rayas blancas, algunos mexicanos interesados en el área abogan, como hemos visto, por chichimequizarla, en un afán por conservarla mexicana y no perderla southwesternizándola, valga la expresión; mientras otros, los menos, intentan encontrar los aspectos locales y regionales que permitan otorgarle personalidad y sentido propios (p. 176).

Por último, en las *Consideraciones finales*, se esboza un resumen general de lo tratado en el trabajo y se brindan algunas conclusiones y propuestas sobre las razones de por qué el norte de México ha sido relegado por las instituciones encargadas de la investigación arqueológica en el país.

Consideramos que este trabajo, minucioso, crítico y profundo cobrará importancia, no sólo para la Arqueología del norte, sino para los estudios arqueológicos mexicanos en general, convirtiéndose en un texto fundamental para estudiantes e investigadores de nuestra disciplina que quieran adentrarse en el Norte desde el norte mismo, sin necesidad de mesoamericanizarlo.

## Referencias consultadas

Cabrero, María Teresa (1993). “Historia de la arqueología del norte de México” en María Teresa Cabrero (comp.), II *Coloquio Bosch Gimpera*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp.175-194.

Di Peso, Charles (1974). *Casas Grandes: A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca*, EEUU, Dagoon y Flagstaff, The Amerind Foundation, Northland Press.

Kirchhoff, Paul (1960). “Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales” en *Suplemento de la revista Tlatoani*, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Noguera, Eduardo (1930). *Ruinas arqueológicas del Norte de México. Casas Grandes (Chihuahua), La Quemada, Chalchihuites (Zacatecas)*, México, D.F., Dirección de Monumentos Prehispánicos, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Talleres Gráficos de la Nación.

(1976). “Aspectos arqueológicos de Sinaloa, Sonora y Baja California” en Román Piña Chán (coord.), *Los Señoríos y Estados Militaristas*. México, México Panorama Histórico Cultural, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 9-50.

Ortega León, Víctor (2021). *Líneas imaginarias: Arqueología, Nacionalismo y el Norte de México*. Editado por Secretaría de Cultura. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Escuela de Antropología e Historia del Norte de México.